

ALCAPARRA

Padre Pedro José Ynaraja

Esta palabra, como otras tantas, la tenía guardada en lo más profundo de las alforjas de mi memoria, seguramente debido a la originalidad de su cacofonía, sin conocer su significado exacto. Cuando moviéndome por entre las piedras, puertas, templos y murallas de Siquem, me la señalaron, no me sorprendió lo más mínimo. Me fijé un momento, eso sí, pero no me entretuve, el lugar que estaba requería total atención.

Esta planta la he ido encontrando en muchos otros sitios y, en estos casos, sí que la he observado con atención. Se trata de un arbusto que crece en muros casi siempre. Esta es la primera originalidad que uno constata. Es también propia y exclusiva de la cuenca mediterránea. Veo que ahora se anuncia por tierras de América del sur, pero, por lo que leo, deduzco que ha sido importada y que se cultiva únicamente con fines culinarios. A esto y a sus imaginadas cualidades, me referiré más tarde.

Decía que la primera vez que me la enseñaron era en Siquem, añadido ahora que la he ido viendo por múltiples paisajes. Hasta en la misma Petra se la enseñé un día a mis acompañantes, aunque confieso que me costó encontrarla y que no crecía en ninguna pared. Por Palestina e Israel no cuesta verla en cualquier pared calcárea. De cualquier rendija brota. Para dejarse cautivar, como me cautivó a mí, es preciso observarla en tiempo que tenga flores. Me detengo en estas. De color blanquecino, tirando a rosa, con enigmáticos y múltiples estambres, acabados en un botoncito morado, su corola es de tres o cuatro centímetros de diámetro. Es difícil describirla, hay que verla. Su encanto es tal, que si Dios me inspirase la redacción de un Paraíso, junto al Edelweis, la genciana y la orquídea, pondría esta planta a la que hoy dedico esta página. Cada una es capaz de sugerir su mensaje y cada uno es capaz de recibirlo, si para ello está dispuesto.

Cuando observo la flor de la alcaparra, pienso en una preciosa jovencita, repleta de vitalidad y tímida, pero no huidiza. Aquella que se deja observar, pero impide que la toquen, aunque sea suavemente y sin malas intenciones. Sin ser altiva como la rosa de jardín, me refiero ahora a la alcaparra, ni sensual como el clavel reventón, tiene la gracia del narciso silvestre.

He dicho que abunda por Tierra Santa, pero añadido ahora que alegra las murallas de Jerusalén. Dije un día que es la única que los jardineros respetan y dejan crecer por

los muros de la Ciudad Santa. Comprobé poco después que no es del todo cierto. He observado otras plantas encaramadas también. No faltan en el Kotel, la pared santa para el mundo judío, que frívolamente nosotros llamamos de los lamentos.

Murallas hay en muchos sitios. Acostumbran a ser testimonios mudos de pasados belicosos. El tono amarillo-rosado de las de Jerusalén, adornado con estas flores llena de vitalidad el sitio.

Empezaba mencionando la cacofonía y debo ser fiel a lo apuntado. El nombre suena a árabe y no deja de serlo, pero derivado del griego, al fin. Lo advierto porque si aparece en la Biblia y en el Talmud, preciso es que se la conociera mucho antes de la redacción del Corán. Afinando más, advierto que el vocablo castellano es derivación del árabe andalusí. La denominación científica es *tapparis spinosa*. Que nadie se asuste del segundo término. Las largas y dúctiles varillas que son sus ramas, están dotadas de múltiples y coquetas hojas, por entre las que aparecen silenciosamente las flores. Ocultamente están provistas de finas y cortas agujas que uno detecta si imprudentemente pretende arrancar alguna.

Cambio de tercio.

El fruto antes de madurar, alargado y semejante a una oliva pequeña, es comestible y se conserva bien sumergido en vinagre, se llama alcaparrón. No es mi aperitivo predilecto. Otra cosa es el pequeño capullo recogido antes del amanecer y conservado de la misma manera, de sabor más suave. Como ocurre a la mayor parte de vegetales silvestres, a la alcaparra se le atribuyen poderes curativos, no comprobados por la ciencia médica.

Me he traído varias veces semillas y las he plantado, evidentemente, en un tiesto. Ha brotado y resistido las bajas temperaturas de nuestro invierno, pero no ha alcanzado más de unos diez centímetros de altura, sin prosperar con la abundancia de ramas que en Tierra Santa he observado tienen siempre.

Además de los poderes que mencionaba, en la antigüedad, se creía que era estimulador y hasta excitante de la libido. Un antecesor de la Viagra, dicho desvergonzadamente.

Acabo

En la Biblia aparece una sola vez. Por el contexto deduce uno que era vegetal muy conocido. Es de las que, pienso yo, que Jesús habría visto y admirado. Otro motivo para apreciarla.

Eclesiastes 12,1ss "Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, mientras no vengan los días malos, y se echen encima años en que dirás: « No me agradan »; . mientras no se nublen el sol y la luz, la luna y las estrellas, y retornen las nubes tras la lluvia; . cuando tiemblen los guardas de palacio y se doblen los guerreros, se paren las moledoras, por quedar pocas, se queden a oscuras las que miran por las ventanas, . y se cierren las puertas de la calle, ahogándose el son del molino; cuando uno se levante al canto del pájaro, y se enmudezcan todas las canciones. . También la altura da recelo, y hay sustos en el camino, florece el almendro, está grávida la langosta, y pierde su sabor la alcaparra; y es que el hombre se va a su eterna morada, y circulan por la calle los del duelo"